



6^o Concurso
Literario de
Edición
AÑO 2021 **Relatos Breves**



Municipalidad de Cipolletti

6° Concurso Literario de Relatos Breves : descubrí Cipolletti / compilado por Mirna Keller. - 1a ed adaptada. - Neuquén : Patagonia Activa, 2021.

54 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-45999-9-5

1. Literatura Argentina. 2. Literatura Contemporánea. 3. Antología de Textos. I. Keller, Mirna, comp. II. Título.

CDD A860

ISBN 978-987-45999-9-5



6° Concurso Literario de Relatos Breves - Descubrí Cipolletti

2º edición: marzo 2021 - 500 ejemplares

ISBN 978-987-45999-9-5

Editorial Patagonia Activa®

Carlos H. Rodríguez 260 - Primer Piso

Tel. (0299) 447-4333 - Neuquén - C.P.8300

www.PatagoniaActiva.com

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en Argentina

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723
y 25.446 de la República Argentina.

Prólogo

Surge en el año 2013, en una reunión del equipo de trabajo de la Dirección de Turismo de la Municipalidad de Cipolletti, la idea de desarrollar un concurso literario de relatos breves, se pretendía una antología de historias, escritas y contadas por los habitantes de la ciudad de Cipolletti, donde los protagonistas sean ellos mismos, tal vez sus hijos, sus nietos, o porque no, sus padres y sus abuelos. Lo fundamental era que se muestren al mundo, esos rasgos que dan a nuestra ciudad esa singularidad que solo los de aquí, por nacimiento o elección conocemos.

Se sabe que los que vivimos, trabajamos, paseamos o recorremos Cipolletti cada día, tenemos algo para contar, quizás una anécdota, un encuentro, un amor o un desamor. Todo es válido para continuar descubriendo Cipolletti.

Es por ello, que el concurso lleva ese nombre “Descubrí Cipolletti”. Porque en cada una de las historias, en cada una de las palabras de las que se desprende el autor, hay un poco de identidad cipoleña, hay un poco de chacras, de canales, de andenes, de futbol, hay un poco de sueños compartidos y anhelos colectivos.

Las convocatorias a lo largo de los años fueron superando las expectativas, por ello los desafíos se acentuaron también, y la antología recorría la región y el país, el compromiso fue cada vez mayor, siempre en busca de fortalecer la cultura y la identidad cipoleña, y teniendo en cuenta que la lectoescritura nos ayuda a informar y comunicar la importancia y relevancia de nuestra historia.

En este caso el libro compila los relatos de la sexta edición del concurso, donde se contarán historias de los primeros pobladores, personajes y personalidades históricas, los antiguos comerciantes, clubes y deportes amateur, escritores locales,

avenidas, ríos, lugares, espacios y sitios únicos de nuestra ciudad. Y a partir de la publicación del libro, se quiere y anhela que esas historias perduren en el tiempo, que sean leídas y contadas, recordadas y valoradas por la comunidad y todos aquellos interesados en conocer más de Cipolletti.

Dirección de Turismo de Cipolletti

Índice de Relatos y Poesías

La Corrida - Tito	11
La fuente del nono - Martina Romano.....	13
Una ciudad, mil ciudades - Silvio Manuel	15
Soy Pesadumbre - Laura Analí Sanhueza	17
Las Utopias de Toribio - Nikisanga	19
El honor en la escala de valores - Nikisanga	23
Cipo otra vez - Tin Tin	25
Aquel desfile en Cipolletti - A.M.....	27
Sendero Aventura - Pl.....	29
La muchacha del vestido rosado - Ruiseñor Luzbelito.....	31
Riego... - María Alegría	33
El corazón de mi sitio - Mariano Lazzeri.....	35
Paseos - Merlinus	37
Caminos de el poquito - Acustiquex	39
Primavera - Alameda.....	43
¿Qué tiene mi Ciudad? - Eva M.	45
En cuerpo y alma - José Alberto Quiñones.....	47
Cipolletti es mi gran amor - Carolina Quadrini.....	49
Despierto en ti - La Rusa	51

La Corrida

Ese día de Marzo el Sol se aproximó al planeta Tierra. Si, si, el Sol. No es que la tierra cambió el eje o el sentido de su rotación.

El Sol se acercó. Fue a penas un momento, el suficiente para que los jilgueritos, los cortarramas, los horneros, las palomas y los cardenales buscaran refugio en la Isla Jordán y el casco cementoso del centro se quedara sin un alma durante las horas del mediodía.

Los municipales que trabajaban en las calles se refugiaron en El Andén, a la sombra de los vagones de madera, para sosegar el calor.

Los perros eligieron la plaza y su húmedo pasto. La ciudad estaba muda, el calor repentino dejó atónitos a sus parroquianos.

Todo indicaba que el día sería de encierro al amparo de lo fresco, pero no fue así.

A eso de las 3, la gente empezó a salir en grupos hacia la terminal. Vestían en su mayoría del color elegido, el celeste en las mangas y el blanco en el pecho.

El calor ardía los techos, había alegría en el aire. Apuré un poco el paso cuando escuché la voz en el micrófono.

Movidos en masa por la música, nuestros cuerpos copiaban los pasos de instructores sobre el escenario.

Ya no se sentía el calor. El calor estaba dentro de nosotros en una suerte de simbiosis o de convivencia innata.

Este año tengo que llegar a la mitad, pensé.

Sonó la chicharra, salí junto a las 13 mil almas del arco de largada de la XXXIII Corrida de Cipolletti.

Yo me tiré a un costado con trote suave, empecinada en querer mejorar mi marca anterior. La cual había sido una caminata torpe, cargada de pensamientos oscuros.

Este año quería que sea distinta, aunque los pensamientos ya se me cruzaban y el auto boicot ejercía su presión.

Traté de ser paciente, me propuse llegar a la esquina y de ahí decidir, luego llegar a la otra y ver si seguía.

A trote firme pasé la UFLO, seguí por Mengelle, pasé por el Club Cipolletti y tomé la Alem.

Recuerdo haber pensado que en la biblioteca Rivadavia me detendría, pero fue en la rotonda que lo vi.

Ahí andaba Don Camilo a trote rengo, transpirando la camiseta de La Corrida, concentrado en sus pasos.

No me vio cuando me puse al lado.

¡Vamos Don Camilo, vamos! Le dije con entusiasmo.

Él aceleró el paso, me sorprendió.

Tuve que esforzarme para alcanzarlo y palmearle el hombro, me correspondió con una sonrisa.

Seguimos a trote juntos, pasamos La Anónima, Los Bomberos, la peluquería de Moni que alentaba al grupo desde la puerta. Retomamos por Alem como marcaba la tradición de la corrida familiar.

Mis piernas sentían la fatiga, no quise dejar solo a Don Camilo que me contaba que en sus años mozos jugó al básquet, que antes corría con su señora, pero que ella se le fue temprano a correr por las nubes; que para él, esta corrida era muy importante porque era la primer actividad grande desde la operación de rodilla, que estaba tranquilo porque sabía que llegaría a la meta... lo miré de reojo, vi que de su cabeza gris caían gotas gruesas.

La bincha que se había puesto negaba el paso de la transpiración a la cara. Buena idea, pensé. Y pensé también que Don Camilo ya estaba corriendo esta carrera horas antes, cuando se puso la bincha, o quizás cuando fue a buscar su remera.

O tal vez un tiempo atrás, en el quirófano.

Pensé que tal vez, Don Camilo se demostraba a él mismo lo fuerte que es, lo vivo que se siente cuando cada año pasa el arco de llegada.

Pensé en mí, en mis propios motores para esta carrera.

En que definitivamente había mejorado la marca anterior y que Don Camilo no solo me ayudó a llegar al final, sino que me enseñó a mirar distinto. Las cosas se superan mejor cuando hay buena compañía, el camino puede ser difícil pero es allí donde se aprende, llegar es parte.-

Tito

La fuente del nono

Hijo de inmigrantes Italianos, padre de familia, trabajó toda su vida, a falta de un padre que murió en su niñez, mi abuelo y sus hermanos ayudaban a mantener la casa y a su madre.

Siendo el más chico de ellos, él se quedó más tiempo. Conoció a Leticia Maldonado y su amor fue puro desde siempre. Cuando pasaron los años se casaron. Él trabajaba en la fábrica de mármol para que a sus dos hijas no les faltará nada, fue un hombre amado, completo y admirable. Murió de cáncer un dos de mayo en 2012. Pero antes, Héctor Beltrame, mi abuelo, dejó en Cipolletti muchas cosas para recordarlo y no hablo sólo de sus diecisiete nietos.

Cuando su esposa se quedó sin empleo durante la dictadura militar, invirtieron su dinero y esperanzas en un negocio propio, ahora una florería trae puesto su apellido. Pienso en continuar con el negocio familiar cuando mi abuela quiera retirarse.

Mi lugar favorito no es muy conocido. Hay una fuente de agua en la entrada de nuestra ciudad, en el centro de una rotonda frente al monumento de la bandera nacional. Él cortó esos mármoles y cuando estoy ahí me llega una inmensa paz. Por ese motivo en mi familia, y los amigos cercanos, la conocemos como “la fuente del nono”.

Si explico esta historia no sé bien si se trata de mí, de mi abuelo, su presencia o ausencia. No sé de qué hablo cuando quiero contarles a las personas por qué ese lugar es tan importante para mí. Sólo sé que los invito a que vean. Siéntense bajo el sol a las siete de la tarde y esperen un poco a que se oculte en el horizonte, como si quisiera cruzar el puente. Miren al cielo y contemplen aquel contraste de vida y misterio, de pájaros y nubes, donde los edificios no molestan a la vista y los autos pasan sin verte. ¿Quién sabe?, tal vez algún día nos encontremos ahí y podamos hablar sobre algo más.

Martina Romano

Una ciudad, mil ciudades.

Trepo la ciudad de norte a sur en colectivo, atravesando los barrios que despiertan al frío invierno de Agosto.

Me acomodo entre los pocos pasajeros y la ciudad se me abalanza desde la ventanilla.

Con sus claroscuros, con sus luces y sus comercios.

El centro respira con la cadencia de sus años.

Los edificios viejos.

Los bares.

Los supermercados.

Apuran el paso los bancarios y los municipales, las universitarias y los comerciantes, los taxistas y los jardineros.

El colectivo atraviesa la ciudad con desgano. Dejamos atrás el casco viejo, con sus plazas, sus parques, sus amplias avenidas y sus marquesinas recortadas.

El recuerdo de Emilia, Paula y Verónica es una compañía constante en las paredes de la ciudad. Son las costuras de una cicatriz difícil.

Hay otras paredes, otros trazos, que ignoran fronteras y se escriben igual en las barriadas y en las céntricas esquinas. Es el hilo de Teseo que nos identifica o nos atraviesa.

Los hombres y mujeres cruzan en silencio la ciudad en busca del trabajo. En el centro corren rápido a las oficinas, a la municipalidad, a los bancos, a los negocios.

Caminan las barrenderas por los cordones esquivando autos y en los edificios se prenden las primeras luces.

Parado en la esquina, al calor del fuego, un canillita mira los autos por si alguien se acerca buscando el diario. Trato de encontrarme con sus ojos, pero están escondidos en el gorro de lana, igual me dan vueltas en la cabeza aquellos versos sonoros de Christensen y los oficios.

Más allá se impone el estadio, la biblioteca, la universidad, los galpones y un cinturón de barrios viejos que sostienen la tradición de calles de tierra, de almacenes, de letanías y de bicicletas.

El micro en el que voy no detiene su marcha y me aleja del viejo, de los pibes y de los trenes.

Los pocos pasajeros se recuestan buscando la mejor posición para darse un ratito más de sueño, mientras el tiempo se encarga de retardar la llegada de la mañana.

Por las orillas de la ciudad circulan los que van a las obras de los barrios nuevos que nunca serán suyos. Manos lastimadas, abrigos rotos y pensamientos lejos, muy lejos. Se van caminando y en bicicleta también las mujeres, que habitan los galpones de manzanas y de peras.

Por los barrios me alumbran los guardapolvos blancos de las maestras, que miran de reojo el inicio de la jornada mientras caminan de una escuela a la otra arrastrando cuadernos y cansancio.

A medida que me alejo de las calles más transitadas comienzo a ver las columnas de humo de las casitas de las tomas, buscando el cielo estrellado y dejando abajo las esperanzas quemadas.

Descansan todavía las canchas de tierra, sueños de los chicos que se adueñan durante las tardes, en interminables partidos que no terminan hasta bien entrada la noche. Los arcos atesoran goles imposibles. Los sueños quedarán dormidos para siempre en aquellos baldíos devenidos en potreros.

Todavía no termina de clarear, pero llego a la zona de chacras. Es imponente la columna de árboles que recortan el amanecer.

Los álamos desnudos, ceden al viento patagónico y se tuercen del frío.

La escarcha congela los canales y el escenario es sombrío a esta hora de la mañana.

Repaso las postales que me hablan de esta ciudad que al mismo tiempo es varias ciudades, miles de ciudades. Sin quererlo confirmo la sospecha de que habitamos tantas ciudades como miradas seamos capaces de construir.

Ahora sí, con la mañana en ciernes, me bajo del colectivo y me adentro definitivamente en el camino rural que me aleja de Cipolletti.

Me salen a buscar los perros y yo los saludo y les grito, como todos los días.

Silvio Manuel

Soy Pesadumbre

Siento una nostalgia inmensurable, no sé cómo describir el paso del tiempo.

A veces quisiera que todo esto fuese solo un sueño pero cada mañana despierto y desayuno realidad.

Nunca imaginé verme así, empapado de soledad.

Miles de sueños construí y muchísimas historias compartí.

Ayer estaba vivo, lleno, pleno. ¿Y hoy? Estoy deshabitado.

Resistí, me aferré con todas mis fuerzas a mis ganas de vivir.

Traté de ser mejor, de sostener mi gloria, de jugar mi juego.

Intenté dar todo de mí. Las personas que me conocen saben que así fue y eso, a veces, me consuela.

Nunca me rendí, me rindieron. Me utilizaron, me vaciaron, me agotaron. ¿Y hoy? Me abandonaron.

“Nunca pensé que en la felicidad hubiera tanta tristeza.”

Mario Benedetti.

1 vez cumplí mi sueño de ser campeón nacional.

4 años han pasado desde mi última presentación.

1, 2, 3... Así comenzaba el cántico que daba valor a mi gente para salir a defenderme.

9 disciplinas albergué. ¿Y hoy? Al parecer solo me queda decir adiós.

Laura Analí Sanhueza

Las Utopias de Toribio

Transcurría la década del 40, Cipolletti, era un incipiente caserío inmerso y rodeado de fecundas fincas de peras y manzanas, surcadas por acequias, abrevando de su agua desde las orillas, espigadas alamedas y cañaverales. La casa, en una de las quintas era de gruesas paredes rústicamente revocadas y pintadas a la cal.

En uno de sus costados una larga galería con techo de zinc terminaba en una pérgola donde una vieja vid daba sombra y exquisitos racimos de uva moscatel.

La vida se deslizaba con la misma lentitud de las sosegadas siestas del estío valletano.

El patio era de tierra bien asentada por el continuo uso, los prolijos barridos y las regadas diarias.

Un macizo tronco de eucalipto caído en una tormenta, oficiaba de banco que usaban un conjunto de chicas y chicos compuesto por los hijos de los propietarios de casa, amigos de otras fincas y primos venidos de Viedma.

Era costumbre escuchar por las noches los cuentos y relatos de Don Toribio Leguizamón singular y legendario personaje, jubilado telegrafista del FC Roca, de descuidada barba, con su testa protegida aun de noche, por una deslucida boina y el infaltable cigarrillo armado con papel Ombú y tabaco Richmond, colgado de su labio inferior amarronado por la nicotina y el alquitrán.

Respondía al llamado de Toro apodo que para algunos era para acortarle el nombre y según la mayoría provenía de la tenaz inclinación, por el jamás desmentida, por el teñido líquido que contenían las botellas que llevaban en sus etiquetas impresa justamente la cabeza de ese noble animal.

Por otra parte, se sabía y no de mentas, que también tenía un gran afecto por otra bebida una “caña” dulzona, más de corte invernal, que, igualmente en su etiqueta llevaba impresa la imagen de otro animal en este caso caballos que bien podrían haber motivado que su apellido se acertara con el término “Legui”.

Este personaje era famoso para los pequeños y no pocos adultos por su capacidad para el relato de interminables historias llenas de

inquietante suspenso. Era increíble escuchar y ver como marcaba las pausas, los silencios, los cambios en los tonos de voz y la notable capacidad para imitar sonidos de pájaros, perdices, ovejas, truenos, con el apoyo de gestos con el rostro, con sus manos y cuanta mímica necesitaba para acompañar el relato.

Escucharlo y verlo en las noches de verano era todo un deleite. El grupo lo atendía con actitud cautivante y en silencio casi cómplice.

No era fácil convencerlo, de que se arrimara a expresar sus inigualables virtudes cuentísticas, y, cuando se lo convencía, de inmediato se corría la voz, che!!!..

¡El viernes a la noche viene Toribio a contar historias!

Era indudable que se hacía rogar, motivando con ello, un ambiente de expectativa y de paso dosificar su bagaje de narrador.

Nunca relató historias hirientes o burlescas si muchas con finales incompletos, para que, la imaginación, de los escuchas las consumaran.

Tampoco las historias tenían ámbito geográfico quizás para desalentar una eventual comprobación de los hechos.

Pero había una excepción a esta actitud; la misteriosa “Cueva de las Animas” según él, en un sector barrancoso de la barda norte lejos del canal, zona, de muy engorroso acceso y más aún, muy difícil de encontrar.

Esta incógnita dejaba siempre en los interlocutores un sabor a enigma potencialmente a resolver.

Un día fresco y nublado, uno de los adultos decidió presidir junto a los chicos una excursión a caballo para develar tal incógnita.

Por referencias de viejos primeros pobladores del naciente pueblo y a escasas y retaceadas reseñas de Toribio para ubicar el lugar, el grupo salió airoso camino a la barda.

No fue difícil encontrar y develar el misterio ¡que decepción! No era una cueva, apenas un socavón, había gente en las cercanías, y estaba al alcance de cualquiera.

La desilusión, los embargaba. En silencio se preguntaban, ¿este es el misterio? Esa noche estaba programada una reunión con Toribio, todos especulaban que, al verlo, ya consciente de la excursión, esbozaría una socarrona sonrisa adivinando la decepción sufrida.

Pero ocurrió que, enfáticamente, negó que el grupo hubiese llegado. Aún ante los esmerados argumentos de todos él, tozudamente, continuó negando el hallazgo del enigmático lugar.

A partir ese episodio, siempre quedó flotando una inquietud: lo negó para recrear confesadas y luego desarmadas fantasías o estaba convencido de que, llegar a la cueva, le significaba abatir una de sus guardadas y quiméricas utopías.

Nikisanga

El honor en la escala de valores

Comenzaba azaroso el siglo XX en el Alto Valle, aun no estaba bien definida la conformación y el nombre del incipiente poblado que, en pocos años, sería la dinámica y pujante Cipolletti.

El General Fernández Oro, había dividido la tierra en parcelas, donde se asentaron de alguna manera los primeros pobladores urbanamente organizados.

El ferrocarril, trayendo el vigoroso ímpetu vital para el progreso, llegaba con el acero de sus rieles y el fragor de sus locomotoras.

Se insinuaba una red de rústicos canales, uno de ellos pasaba frente al campo de Arístides Echartua, el guipuzcoano, famoso por su prodigiosa fuerza y proverbial nobleza.

Desde lejos era reconocido en toda la comarca, por su altura, su inseparable “chapela” su fuerte y estentórea voz, y su apegado perro que lo llamaba Arrats, por haber nacido al anochecer.

Era socio en varias parcelas con un nativo y criollo de ley, Eustaquio Bracamonte honrada y decente persona, pero con una renguera, era adicto al juego.

Con el inquebrantable tesón de ambos en los primeros años y el prodigio del agua consiguieron conformar una excelente finca productora de alfalfa, fruta y hortalizas, de la cual en el transcurso del tiempo pudieron obtener un respetable capital.

El que entendía de transacciones comerciales era Bracamonte el más leído ya, que tenía, el primario casi completo y en él confiaba el vasco. La precaria contabilidad la llevaba en una libreta con tapas de hule negro y escrita con lápiz de tinta.

El dinero de las ganancias en general lo guardaba Bracamonte que, decía poseer, una suerte de recipiente especial para tal fin.

Ocurrió, que, en un gran festejo patrio, como se hacían antaño, en una mesa de juego clandestino perdió su plata y la de su socio.

Al día siguiente del festejo a, Echartua temprano en la mañana, le llamó la atención la demora de su socio a la chacra, por otra parte, reputado por ir a trabajar puntualmente y aun enfermo.

Al atardecer la inusual ausencia lo inquietó, ensilló su caballo y al

trote enfiló para la casa de su amigo seguido de Arrats. La mujer de Eustaquio muy angustiada tampoco nada sabia de su esposo.

Preocupados comenzaron a preguntar a vecinos y amigos sobre el ausente sin conseguir nada concreto.

Ya entrada la noche fueron al destacamento policial y formalizaron una denuncia.

El guipuzcoano esa noche no cenó, y se acostó con una gran carga de angustia y preocupación.

En la mañana del día siguiente el cuerpo sin vida de Bracamonte fue encontrado por la policía en un cañaveral, se había suicidado con un tiro en la cabeza.

En uno de sus bolsillos se encontró la libreta con tapas de hule negro y en una de sus hojas una nota con el texto incompleto y escrita casi a girones: *“Vasco...querido amigo después de perder tu dinero en el juego la vergüenza de enfrentar tamaña afrenta y para lavar.... mi.... honor...”*

El desconsuelo del vasco fue conmovedor. El pesar lo acompañó mucho tiempo.

Solamente unos pocos amigos muy ligados a él, se enteraron por boca de este, que pensaba regalar la suma ahora perdida a la hija de su socio y aijada suya cuando cumpliera 15 años, que, con su madre, nacida en Bilbao, irían a conocer al País Vasco tal era la conducta y el honor en la escala de valores de los hombres en estos parajes y en aquellos años.

Así se bosquejaba la Patria.

Nikisanga

Cipo otra vez

De nuevo es domingo. Después de desayunar, me encierro en mi habitación y apoyado sobre las almohadas, le doy una buena leída al diario.

Mis ojos captan la gran noticia, el titular en grandes letras, anuncia el partido. Por un instante, sonrió. Jamás hubiera pensado en esta final, pero aquí están.

Por la ventana que da a la parte trasera de la casa puedo ver como las nubes van formando una alineación casi perfecta.

Comienzo a revisar mis recuerdos, camino por ellos un buen rato. En ese instante creí que mi cama se había transformado en una gran cancha donde veía a los jugadores.

Extraños sentimientos de asombro y alegría surgen. En el trayecto, la gorra y la camiseta testigos silenciosos de mi pasión por el equipo, los largos viajes, las interminables colas en la boletería, de la hinchada y sus cánticos fervorosos con un coro de carcajadas estridentes que alientan a toda una tribuna. Era... La gloria

Bajo lentamente a la realidad, un teléfono que suena, no dudo en atender

-Hoy es buen día, cierto brother, volvemos

-Ni lo dudes

Tin Tin

Aquel desfile en Cipolletti

En este momento voy a volcar en el papel el hermoso recuerdo que tengo en la memoria de aquel desfile de Cipolletti.

Año 1970.

Luego se transformarán en palabras que, para quien las lea, serán imágenes claras y alegres de aquellos días de octubre.

La mañana, fresca y suave.

Los chicos correteaban por la vereda, felices, gritando “¡Llegaron los municipales...! ¡Llegaron los municipales...!”

Sí, habían llegado a instalar el palco para el desfile, grande, con techo, maderas pintadas de color celeste y blanco.

Al costado, la escalerita sobre la vereda.

Para dejar más espacio, lo habían ubicado en la Avenida Alem, entre Esmeralda y Sarmiento.

Miraban todos desde lejos con respeto y admiración.

Allí, al otro día, se ubicarían las autoridades, para ver pasar el desfile del 3 de octubre en Cipolletti.

Y así, llegó la hora. Fue por la mañana.

Estaba presente la Banda Municipal de Neuquén.

Las escuelas, con sus niños y maestros.

Todas las delegaciones preparadas, con sus trajes típicos, y banderas. La Asociación Chilena O’Higgins y la Asociación Italiana.

La Asociación Española de Socorros Mutuos, que cumplía cincuenta años, había invitado a cuatro jóvenes a vestir sus trajes españoles, que aún hoy allí se conservan.

Recuerdo que un florista japonés, Seiji Shano, que cultivaba en Villa Regina, me donó cien claveles, que compartí con las chicas, diciéndoles “cuando pasemos frente al palco, tiramos los claveles” Y así lo hicimos, para sorpresa y alegría de todos, que extendían sus manos para recibir la flor.

En el palco municipal se encontraban Alfredo Marcos Chertrudi, como comisionado municipal, y el doctor Julio Dante Salto.

Hacía un año del Cipolletazo.

Luego muchos fuimos al almuerzo de la Asociación Española, donde había competencia de Paella. En ese momento el salón se

ubicaba en calle España, frente a la plaza San Martín, al lado del que en ese entonces era el Cine Español. Cinco matrimonios fueron los concursantes, entre ellos Camarero, Prada, García...

Atrás del Cine Español había un espacio de tierra, a cielo abierto, donde prepararon en amplias paelleras, a fuego de leña, delicias de mar con arroz.

En el salón, eran mesas largas, y las jóvenes del desfile ayudamos a colocar el pan. La expectativa por la paella era grande y una ola de aplausos inundó el salón cuando salieron los paelleros a servir.

Cada pareja servía con otros ayudantes en una de las mesas, todos al mismo tiempo. Un clima de cordialidad fue lo que se vivió durante todo el almuerzo hasta alrededor de las cuatro de la tarde.

A.M.

Sendero Aventura

Aun sabiendo que se venían unas vacaciones atípicas y en un contexto atípico, decidieron continuar con el ritual de escribir en unos papелitos que lugares cercanos podrían visitar.

Con sus manos sudorosas y los ojos como dos farolas encendidas, la niña sacó uno de los papeles que habían metido en una caja para sortear las actividades que iban a hacer.

- ¡La Cueva del León!

- ¡Oh my God! exclama Marti.

- Suena a una aventura sin precedentes, comenta Pilar.

Cruzaron el puente hacia Cipolletti y entre risas y poniéndose protector solar y repelente (y no precisamente para espantar a las liebres patagónicas que son las vedettes de la zona), las primas arrojaban preguntas sobre el lugar.

¿Ese señor Jordán vive del otro lado de la balsa? Pregunta Ambar ya que sabía que iban en ruta hacia el acceso a la Isla Jordán sobre la margen sur del río Negro.

- ¡Buena pregunta! Don Jordán vivió hace muchos años y seguramente ni llegó a imaginar en lo que este lugar se iba a convertir 100 años después. Antes ese trayecto se utilizaba para trasladar ripio a las ciudades aledañas y ahora se ha convertido en un sendero hacia experiencias inolvidables con un sinfín de actividades en contacto con la naturaleza, sumado al encanto de las maravillosas vistas.

- ¡Soy un cavernícola y he venido a contarles mi historia! Estas cuevas albergan momentos, emociones, sensaciones, la textura irregular denota la energía y sus fluctuaciones, narraba la prima mayor en tono triunfante y desafiante hasta que pronto se escucha “¿¡Qué pasó prima!? ¡Aaaaaaah! ¡Noooooo!”

Se había acabado la batería de la linterna y entre tropiezos, pulsaciones aceleradas y risas nerviosas salieron de la cueva, sin perder de vista los alpatacos que habían recolectado para sus próximos aros de diseño.

Estaba decidido, volverían por más. ¡Con más linternas! Para realizar todo el recorrido y continuar la historia.

Ya ves como estas intrépidas aventureras no necesitaron demasiado para transformar un paseo en una experiencia mágica, ¡tan solo un poco de imaginación y un paisaje inspirador! ¡Y tapabocas of course!

PI

La muchacha del vestido rosado

Ireneo Fourquet, farmacéutico de profesión devenido en enfermero por necesidad, encontró la muerte en el filo de un cuchillo la misma noche en que bajó del tren con intenciones de comenzar una nueva vida.

Puntual como siempre supo serlo, la formación de veintitrés vagones llegó a la estación Limay justo a tiempo.

Y esta famosa puntualidad inglesa, la casualidad y un cierto sentido del honor, dejaron lugar a la reuerta.

Es que el almacén frente a la estación de ferrocarriles, aún permanecía abierto, y aunque ya era entrada la noche recibía a los pasajeros del último tren.

Al entrar se sacó el chambergo, educado como parece que era, y enfiló al mostrador sin levantar la vista.

Detrás, desde el suelo hasta el techo, un tortuoso espejo de botellas y frascos le devolvió un sinnúmero de pequeños reflejos cansados y taciturnos.

Escapaba de unos negocios poco favorecedores que las más de treinta horas de asiento de madera apenas le habían dado tiempo para digerir.

Pero que más tarde, mientras se ahogaba en su propia sangre, ya no importarían en absoluto.

La muchacha del vestido rosado entró unos minutos después con su pequeña valija de mano, atajando el sombrero de ala ancha de uno de esos raros vientos que en primavera soplan hasta tarde y pretendía arrebatarlo.

Los cruces de miradas afiladas y desafiantes no se hicieron esperar. Pero Ireneo Fourquet, esquivo como era, trató de llevar la charla para otro lado tratando de evitar un conflicto que sabía cercano.

Sin embargo, comenzó a ver con algo de pánico como se esfumaban lentamente sus posibilidades de escapar indemne con cada hostil palabra que flotaba en el aire y llegaba a sus oídos.

No estaba en sus planes una disputa por una mirada equivocada a una muchacha desconocida que acababa de llegar al pueblo en el

mismo tren. No supo jamás su nombre, y si le hubieran preguntado antes de morir, solo recordaría unos grandes ojos verdes y las botas de montar debajo de una muchacha de vestido rosado.

Varios vasos de vino después el enfrentamiento comenzó con una silla tumbada y un planazo sobre la barra donde una mano titubeante y temblorosa había estado fracción de segundo antes.

Irineo Fourquet, farmacéutico de profesión devenido en enfermero por necesidad, mareado por el terror, vio llegar a sus manos un cuchillo desconocido que se le presentaba como una tortuosa invitación de la muerte.

Y agarrándolo con ambas manos para disimular los temblores, frío como si ya estuviera muerto, se puso de pie.

El trance no tuvo nada de glorioso, de heroico o de memorable. Fue breve, sangriento y desordenado.

El final llegó con el frío del duro hierro, el íntimo cuchillo en la garganta.

Y aprovechando el momento en que todos miraban la sangre encharcar el suelo, la muchacha del vestido rosado se hizo con las pertenencias abandonadas en la mesa antes del duelo.

Un sueldo ajeno, de hombre trabajador y mentado, se llevó sin que nadie la viera.

Y con un suave murmullo de telas ondeantes se desvaneció en la profundidad de la noche y el viento.

A eso vengo señor comisario, a denunciar que, luego de limpiar mi cuchillo, encontré que me habían robado.

Ruiseñor Luzbelito

Riego...

Son las ocho de la mañana en las huertas de La Falda.

Bello y hermoso día de verano.

Los teros alcahuetes con aleteos y gritos anuncian la llegada de los huerteros al lugar. Los mosquitos infaltables también los reciben apenas pasan el portón de entrada.

Alguien al pasar dice:

-Van a estar bravos hoy-,

-Habrá que hacer un poco de humo para espantarlos un poco dice otro.

Se repiten y escuchan los saludos de lejitos “Buenos Días” a medida que van llegando, ya no está presente ni el beso ni el apretón de mano...Estamos en Pandemia y hay que cuidarse.

El encargado del riego hace rato que fue arriba a abrir las compuertas para que las acequias se llenen de agua.

Todo comienza y la FALDA cobra vida.

Los señores sapos son expulsados de los boquetes con el paso del agua “sus escondites de verano” y no son uno ni dos, son varios, hasta nueve pudo contar doña Mary.

El turno de riego es corto, así que hoy todos andan apurados cosechando, limpiando lo que interrumpe el paso del agua, abriendo y cerrando boquetes...

Don Alegría y Don Mardones pioneros del lugar, “observan” y hacen una que otra alguna sugerencia:

-Está inundando mucho, doña-

-A sus plantas le falta más comida (abono) y menos agua-

-Sino limpia la acequia nunca va a pasar el agua, mucho yuyo...-

-No riegue tanto los maíces, solo cada ocho días y si llega a ver viento mañana están en el suelo –

Y “El que sabe, sabe”... No por viejo, sino por experiencia y sabiduría adquirida con el tiempo y el amor a la tierra.

Así que se les agradecen los consejos.

María Alegría

El corazón de mi sitio

Aprovechaba todos los días para recorrer las calles de su ciudad, cada mañana al ir al trabajo, y cada tarde al regresar del mismo, sabía que cada minuto, cada segundo, cada instante que pasaba transcurriendo esas calles, lo hacían parte de una comunidad de la cual, al principio, poco se sentía partícipe.

Con el paso del tiempo había aprendido a valorar el verde de los pastos y de las arboledas, la paleta de colores de las flores y el azul de los cielos, así supo que había comprendido el sentimiento de pertenencia y de orgullo que decantaba la población de este sitio.

Aunque claro que esto no fue repentino, ya que, al principio, le parecía extraña la prolijidad de la gente al cruzar por la calle, así como también el desenfreno de los coches al correr por las avenidas, no obstante, el tiempo (cual buen maestro) le permitió conocer los rinconcitos ocultos en los que podía detenerse y mirar la belleza de la tranquilidad que lo rodea, escuchar las risas de los niños y el chirrido de las hamacas al bailar con el viento.

Si le preguntasen cuál es para él el corazón de este sitio diría que es aquel en el que convergen tanto el espíritu atleta de los ciudadanos, la abulia de los ociosos, el encanto de los más pequeños y el trabajo de los más productivos. En este espacio de arcos y de rosas, de escenarios y de libros, sabe que siempre hay un lugar, incluso, para los más sencillos.

Pero si le preguntan qué es lo que más le asombra de este, su sitio, dirá que es el resplandor de la noche y su griterío. Esa metamorfosis que sucede al atardecer en la que, dormidos los pájaros ya en sus nidos, explota el ánimo festivo que, en su capullo yacía latente y, que ahora, con el gentío, burbujea toda la noche, hasta que se queda dormido.

Sin embargo, hubo un tiempo en que la calma le produjo hastío, la soledad sarpullido y el encierro deterioro sus sentidos. Fueron tiempos oscuros y sombríos, en los que durante mucho tiempo no pudo ver a sus amigos, ni sentir el ardor del sol yendo hacia el río.

Tiempos en los que se le despojo de los rayos del sol matutinos,

de la brisa fresca acariciando su espíritu, de la sonrisa de la gente y, en especial, del corazón de su sitio.

Más no obstante intuía que aquel hechizo que congeló las manecillas de los relojes pronto se rompería y daría lugar a nuevos caminos. Bastaría, no lo sabía, de mucho compromiso y de otro tanto de bullicio.

Fue así como poco a poco fue recuperando la libertad de los paseos y comenzó a experimentar la sinergia de la muchedumbre que, a la expectativa de poder volver a vivir su mundo, comenzó a exteriorizar la rebeldía que tanto la caracteriza.

Y, ante el caos del ruido, apreció como se reordenaban los átomos, los cuales dieron origen a otros vacíos.

Pero gracias a estos átomos y sus efectos advirtió lo que mucho que había extrañado el eco de la voz de la gente, la rebeldía de las protestas y el tumulto de las compras en los locales de este sitio. El brillo de la luna iluminando la acera, el ruido de la hoja de otoño crujiendo a sus pasos, el tono atrevido de algunas paredes y murales más antiguos.

Es cierto que le llevo cierto tiempo adentrarse en esta ciudad de caras y facetas, de bochinche y silencio, de tranquilidad y de violencia. Pero así y todo le pudieron más la alegría contagiosa de los transeúntes, las manzanas verdes llenas de juegos y el destello mágico de los vientos cargados de truenos.

Que esta prosa te sirva, querido lector, para imaginarte, como percibo al corazón de mi sitio.

Mariano Lazzeri

Paseos

Es extraño cómo funcionan los recuerdos. Algunos días, aquello que me contaba mi viejo sobre su infancia en las chacras, se mezcla en mis sueños con otras anécdotas no tan lejanas que narraba casi siempre mientras caminábamos por la bicisenda o como me gusta llamarla a mí: autopista de la meditación.

Las siestas que dormía en los bines de madera cuando la abuela trabajaba en la cosecha, sus sensaciones tejidas por los aromas frutales, las macanas inocentes que planeaba con sus amigos en esa época libre de pantallas...

A veces no sé a dónde se va el tiempo, porque por momentos parece no estar cuando uno disfruta y vive con los suyos, y otra veces no podemos detenerlo ni una milésima frente a las despedidas.

Por suerte la ciudad me invita a recordar con sus paseos, que nada desaparece del todo, que aunque todo siga su curso, las huellas pasadas perduran.

Los ciclistas, los corredores y los caminantes como yo, cada uno en su mundo, sin darse cuenta me están ayudando de a poco a superar la ausencia.

También las alamedas, los tractores a un lado de la ruta en verano, los canales, el río y el griterío jocoso de los niños en los parques, funden presente y pasado cada día, haciéndome recordar por qué soy tan feliz aquí.

Merlinus

Caminos de el poquito

El sol le mordió la cara y despertó. Sin levantarse todavía, escuchó un rato el canto grave y leve de los álamos ondulándose a los costados del ripio.

Vio a dos cuises que saltaban al canal, enterados de que ya no dormía. Escuchó las voces de los jotes peleando por una osamenta atrás de la casa, pasando el tractor pero antes de los manzanos.

El-Poquito se estiró despacio, primero las patas de adelante, después las de atrás. Pero esta vez no sólo sintió el leve crujido de la cadera, sintió la piel estirada ahí en el muslo izquierdo, la carne abierta, el rojo que quema, todavía fresco.

El pinchazo lo tumba y se lame concentrado, pensando que tiene sed, la zanja al costado de la huerta tiene agua rica, y entre los alpatacos queda un hueso con algún cacho de grasa pegado, si no le tempranearon las hormigas.

Piensa en el nene, en el juego de anoche, iluminado el sauce por el resplandor del fuego, la felicidad de poder estar ahí cerca un poco más, sin que lo echen.

Piensa en la emoción que lo invadía, en los golpes del nene que ya no eran suaves, en las corridas, en el empujón que le dio con las dos patas en el pecho, el golpe seco, el llanto de la mujer, la voz quebrada del patrón ¡¡Juiiiiiiraaaaa!!

Piensa en su parálisis, el susto.

Piensa en el fierrazo violento que le tuerce la carne, le corta el cuero, lo voltea mareado y aturdido. Piensa en cómo corrió después, cruzando los perales. La humedad fría cortándole el hocico. La lumbre ahogada de las estrellas repartidas por el cielo negro.

El tranco ahora es lento, ya no sangra, pero le tira fuerte al andar. Va tranquilo dejando que el sol le queme la espalda parda, veteadas de negro y amarillo, marrón de tierra y gramilla. El-poquito se pierde a veces en el suelo del monte, se mimetiza con la piel de la chacra. Camina sin sombra, dolido.

Toma unos tragos tibios y tose. Hoy no corrió el caudal, o el calor, que quema todos los yuyales alrededor, casi secó el surco.

Mordisquea un rato el hueso, sin ganas, recordando otra vez al nene, el empujón, el golpe seco, el fierrazo del patrón.

El-poquito se asoma en la esquina del maizal y mira un rato la casa. La camioneta no está. Se acuerda del rugido del motor en la noche, de las piedras saltando por el sendero.

Quiere acercarse, pero entonces siente el tirón, se lame un rato, siente algo así como miedo, o rechazo. Se vuelve entonces, tristón, y encara para una parte del río que le gusta, ahí cerquita, cruzando dos campos.

El calor es seco y contundente, aplasta el paisaje con un poder firme, concreto. Camina El-Poquito, dejando sus pasos en la tierra caliente.

Antes de llegar escucha voces y se frena, prevenido. Se acerca dudando y descubre a tres pibas, una guitarra, mates, risas. Algo de ese miedo le vuelve, pero ellas lo llaman contentas, le hablan suave, le descubren la herida y le convidan un cacho de galleta, le acarician atrás de la oreja, lo limpian despacio y él se deja.

Se siente tan agradecido que gime de contento, hociquea una por una, saludándolas, compartiendo un rato el sopor de Enero que pesa sobre la llanada.

Después se echa calmado sobre el agua y toma unos tragos frescos mientras escucha el bordoneo lúgubre del instrumento, el canto uniforme de las voces.

Vuelve a pensar en el patrón, las noches de fogón cuando también tocaba, y lo dejaba arrimarse a él, cachorro todavía, y le daba un coscorrón suave, y seguía cantando bajo la luna. Pero eso antes de la mujer, antes del nene.

Hubo un tiempo sin fogones, sin guitarras, sólo llanto del nene, cachorrito también, y El-Poquito durmiendo en el galpón, temblando en la helada.

Por eso la importancia de ese fogón anoche, había sido el primero de los nuevos calores. Se acuerda de la felicidad que lo invadía, ese juego con el nene, suave, bruto después. El empujón. El golpe seco. El fierrazo.

Reconoce el motor desde la ruta. Cuando empiezan a crujir las piedras se despide de las chicas con un ladrido y encara para el

rancho. Quiere lamerle las manos al patrón, tirarse de espaldas un rato, pedirle perdón.

Cruzando el maizal ve bajar a la mujer, la cara entre las manos, se mete a la casa. Después se baja el patrón, a paso lento, lo mira acercarse al trote pero también se mete en la casa, casi sin mirarlo. El nene no está.

El-Poquito se queda mirando la puerta. El pecho le late. Ladra una vez. Ladra dos veces. Quiere el coscorrón en la cabeza, las cosquillas en la panza, quiere disculparse.

El Patrón abre la puerta. Está llorando. Tiene el rifle en la mano. El-Poquito mueve la cola.

Acustiquex

Primavera

En las chacras del valle la primavera brota de manera singular. En silencio, las yemas de los frutales van hinchándose lentamente, sin apuro y con suavidad.

Durante las mañanas irrumpen, desde muy temprano, los trinos de los pájaros y, cuando el calor comienza a hacerse presente, es protagonista la música constante del zumbido de las abejas. Una infancia pintada con colores suaves y música armoniosa solo promete una juventud tranquila.

El padre trabaja de sol a sol en los quehaceres rurales, ocupándose también de sus hijos: tres varones, que de niños corretearon por acequias con hojas secas en otoño y agua fresca en primavera y verano.

La adolescencia de estos muchachos le llega de repente, a este padre ocupado y educado con normas que a él le resultaron siempre claras.

Había nacido en la chacra y desde pequeño acompañó a su progenitor en cada actividad, aprendiendo las tareas. Pocas palabras se cruzaron entre ellos, pero éstas fueron contundentes y sin cuestionamientos. “Estudiás o trabajás” le había dicho cuanto tenía 14 años. Y desde entonces se había desempeñado como trabajador rural.

Los actuales planteos de sus hijos, los gustos, los permisos solicitados, lo confundían y, ante la duda, optaba por la negativa, que poco colaboraba en establecer una relación de diálogo. Solo pretendía que estudiaran para un futuro mejor.

A veces, su ofuscamiento se debía a no comprender a tres personalidades tan dispares, que muy a menudo se enfrentaban en una discusión agravante. Le preocupaba no poder intervenir como mediador, no lo había aprendido, no sabía cómo hacerlo. La comunicación entre ellos se volvió distante.

Por las noches, sentado bajo la parra, en una silla de mimbre, mientras fumaba un cigarrillo pensaba cómo decir la palabra precisa, dar el abrazo sentido, que le costaba materializarlo.

Se lo había prometido a ella antes de que partiera. Los cuidaría y guiaría.

Esa tarde de primavera, el padre tomaba mate debajo del sauce llorón. Llegó el mayor y se sentó junto a él.

Pronto comenzó con reclamos por las desavenencias que mantenía con sus hermanos.

Suspiró el hombre. Los otros hijos menores medían sus fuerzas físicas más alejados.

Cosas de muchachos, pensó.

“Te contaré una historia, que mi padre me hizo conocer”, dijo entonces. “Hace muchos años un padre, como yo, preocupado por la unión de sus hijos, los llamó y les pidió que cada uno juntara una rama del grosor de un lápiz.

Cuando los tuvo a todos reunidos, les pidió la rama que cada uno traía, las unió con un hilo y les pidió que la quebraran.

Nadie pudo. Desató el atado y dio a cada uno una rama pidiendo que la quebrase, cosa que con facilidad hicieron.

Entonces habló: con esto quiero demostrarles que, si están juntos, será difícil que los lastimen, en cambio en soledad es fácil...”

No alcanzó a terminar la frase cuando los sobresaltó un golpe seguido de un grito desgarrador.

En el juego de manos de los muchachos, el menor de ellos resbaló, cayó y pegó su cabeza contra el bloque de cemento de la compuerta de la acequia. Corrieron a auxiliarlo. Sangraba y estaba inconsciente. Llegaron al hospital y los tres se abrazaron muy angustiados, esperando.

Ya no harían falta tres ramas. Ahora solo necesitarían juntar dos bien firmes para que nadie pudiese quebrarlas.

Alameda

¿Qué tiene mi Ciudad?

Tiene camino, tiene historia, tiene voces que han exclamado justicia, tiene lágrimas derramadas por seres queridos, tiene libertad para decir lo que siente, tiene olor a búsqueda.

Cipolletti tiene calles de piedra, de barro, de polvo, calles que han ido cambiando, calles que han visto pasar a familias caminando en busca de prosperidad, calles que han visto pasar vehículos llenos de esperanza de un destino, calles que han visto pasar camiones llenos de olor a frutas: manzanas, peras, pelones, duraznos, uvas. Frutas que han ayudado a formar un progreso en nuestras chacras, nuestros canales, nuestros ríos.

Frutas que han sido la alegría de la niñez al probarlas en jugos, dulces, tartas, frutos que han traído árboles, sombra, pulmones de oxígeno, frutas que aun conservamos quizás en menor medida, pero a ún quedan y aun siguen siendo oficio.

Esos pequeños canales alrededor de la ciudad, han sido el refugio de la infancia en los calurosos días de verano en el Valle, remojar los pies en ellos ha podido apagar la tristeza de pobres que se liberan de sus pequeñas casas acaloradas y corren a refrescar no solo los pies si no también sus almas. Una ciudad casi rodeada de hermosos ríos, admirables ríos que son el alimento de este noble Valle, un Valle que espero nunca pierda ese verde de suspiro puro.

Cipolletti, tiene gente que grita, que busca, y que transita. Personas convencidas de ser solidarias, altruistas, personas que busca alimento para el que no tiene, personas involucradas en encontrar el bienestar, en andar, personas convencidas de que ayudar no es mala idea.

Cipolletti ha llorado y ha sufrido, por injusticias, por asesinatos, por perder eso que tiene la paz, pero también se ha levantado y ha luchado, ha exclamado con entereza, ha clamado por conocer la verdad.

¿Quién puede olvidar ese noviembre de 1997?, esos párrafos en el Diario, narrando la crueldad de esas muertes. Desde ese momento creo que hemos ido buscando ser más respetuosos aunque se tenga que “luchar contra un muro”.

Hemos combatido por una Ciudad distinta, una ciudad más justa, más cordial y por sobre todo una ciudad que busca la veracidad.

Podrán pensar que mi Ciudad es como tantas otras, pero les diré que a esta yo la he vivido, la he tocado, la he olfateado, la he sentido, he deshecho mis zapatillas en estas calles, he reído en esos canales, he sentido aliviar mi alma al saborear ese jugo de manzana que me regalo mi tío aquella vez, he disfrutado de los juegos en la plaza, me he mudado a una casa distinta, a un barrio distinto, un barrio sobre tierras alejadas, despobladas, calles que se han ampliado y esperanzas.

Las plazas ya no tienen solo juegos infantiles, también tienen sectores de reciclaje, ¡sí! Ya reciclamos, y ferias y encuentros y eventos en verano y... quizás por aquellos años atrás también los hubo, pero yo nunca los vi, ni asistí, pero hoy si los hay, si los veo, y si soy parte.

Quizás mi ciudad sea como tantas otras me dirán, pero debo decir que para mí no. Para mi es la Ciudad que me vio crecer, que me vio reír y que también me vio llorar.

Mi ciudad es Cipolletti y es Patagónica.

Eva M.

En cuerpo y alma

La pareja se apostaba detrás del arco que da al oeste del estadio, y allí permanecía de pie mirando el partido.

No resultaba la mejor ubicación, pero no la dejaban en toda la tarde, salvo que recibieran algún llamado interior de urgencia que debían atender sin dilaciones.

El espacio era de ellos y de nadie más. Un pedacito minúsculo que por cábala u otra razón desconocida, vaya uno a saber, lo tenían reservado como una suerte de platea vitalicia. Así lo entendían todos y lo respetaban.

Allí, junto al alambrado, Melín y Tota esforzaban sus cuerdas vocales alentando desafortunadamente al cuadro de sus amores. Era raro que faltaran a la cita, una obligación impostergable que no se suspendía por mal tiempo o algún achaque pasajero de salud.

Eso fue hace muchos años, tantos que los recuerdos se esfumaron como los almanaques que se gastaron desde ese entonces. Se esfumaron los ecos de los gritos futboleros de Melín y Tota y ya no se escucha el sonido del escape de la “Tehuelche”, la moto-amiga que llevaba al dúo a recorrer el valle en las salidas a los reductos de los rivales.

Una tarde de enero, con el viento patagónico de testigo, Melín y Tota volvieron a la cancha. Por un momento dudaron, la escenografía había cambiado. Los antiguos arcos de madera son ahora de metal y el terreno duro y polvoriento luce adornado de un manto verde que gratifica la vista.

Pero no, es la cancha de siempre; un aroma especial surca el aire como en los viejos tiempos, aquellos domingos legendarios en el barrio Don Bosco cuando los once leones saltaban al piso de tierra enfundados en sus casacas abotonadas y pantalones cortos ajustados, para delirio de la parcialidad celeste.

Con el calor del verano, la pareja regresó al escenario de los sueños. Volvió para quedarse, junto al arco del oeste, ya definitivamente más sanmartiniana que nunca.

Por un momento, las ráfagas parecen traer al estadio, los gritos perdidos en el fondo de la memoria y el tronar de la “Tehuelche”...

En los primeros días de enero de 2017, María Elena Brualla cumplió con el compromiso de honor que ella misma se había impuesto.

Tal vez recordando las borrosas imágenes del pasado cuando de niña concurría con sus padres a la cancha, entendió que había llegado la hora de que Manuel A. Brualla y Carlota Rosas reposaran para siempre en el Julio Dante Salto.

Desafiando la tarde desapacible, María Elena acompañada de su círculo familiar íntimo, esparció en silencio las cenizas junto al arco cercano al lugar donde Melín y Tota reían y lloraban por San Martín.

El viento completó la tarea y Manuel y Carlota se amalgamaron al querido suelo, en cuerpo y alma.

José Alberto Quiñones

Cipolletti es mi gran amor

He recorrido 43 países, más de 500 ciudades, he guiado y coordinado en diferentes partes de Argentina..

Pero Cipolletti, Cipolletti... Es mi gran amor.

Es algo emocional, espontáneo y sin querer lo que siento cada vez que llego, es paz, suspiro y estoy segura en Cipolletti.

Es su hermosura, es su gente, es su verde, es su naturaleza.

Son sus monumentos con tanta historia.

Es su museo ferroviario y estación de tren, es su bodega.

Es su isla, luego de irme del país casi una año, visitarla y ver cómo avanzó el cuidado, el mejoramiento y el mantenimiento en ella es algo satisfactorio, es amor entrar y ver tanto verde, una reserva natural y hasta una piscina para todos.

Ahora todos podemos ser parte de Cipolletti, todos podemos aprender con tantas opciones de talleres que tenemos, a Cipolletti le importa cada persona, quiere que sea parte de algo.

Sentirse parte del lugar donde estas, sentir amor al entrar a tu ciudad, sentir paz y sentir que avanzamos.

Cipolletti es eso.

Carolina Quadrini

Despierto en ti

Desde el sur en la Patagonia
Pueblo de vientos y fríos
Cocina a leña prendida
De lana de oveja, madeja de mi vida
Recuerdos hilados y abrazos entretnejidos
Me despido buscando otros caminos.

Con el alma llena, emprendo el viaje
Con los pulmones con aire de nieve
De inviernos crudos y veranos leves
Poncho y matra destino perdido
Aprieto mi futuro entre los dedos
Y digo adiós a mi querido pueblo.

Así emprendo mi recorrido de esperanza
Descubriendo a cada minuto mis sentidos
Calmo mi corazón, apretando mis fotos
Me lleno del sol que entibia mi alma
Voy acariciando con mi piel el aire suave
Voy queriéndote mío valle desconocido

Incomparable belleza, notable naturaleza
Tierra que hoy despierta la vida dormida
Increíble maravilla, fértil de sueños
Hoy anclo mi esperanza en tu suelo
Brindo por un porvenir de ensueños
Agradezco tu existencia valle querido

Mi alma se llena de verde
Porque en ti al fin he florecido.

La Rusa

El libro es la 6ta. antología que surge a partir del Concurso Literario de Relatos Breves “Descubrí Cipolletti”. En ella se compilan historias, anécdotas y costumbres relatadas y contadas por los propios habitantes de Cipolletti.

El concurso literario surge en el año 2013 como propuesta del equipo de la Dirección de Turismo de la Municipalidad de Cipolletti, con el entusiasmo de generar un espacio que permitiera describir y descubrir la ciudad desde diferentes perspectivas, donde los protagonistas de las historias sean los propios pobladores, tal vez sus hijos, sus nietos o porque no, sus padres y sus abuelos. Lo fundamental era que se muestren al mundo, esos rasgos que dan a nuestra ciudad esa singularidad.

Aquí se compilan relatos donde se contarán historias de los primeros pobladores, personajes y personalidades históricas, los antiguos comerciantes, clubes y deportes amateur, escritores locales, avenidas, ríos, lugares, espacios y sitios únicos de Cipolletti. Y a partir de esta publicación, se quiere y anhela que esas historias perduren en el tiempo, que sean leídas y contadas, recordadas y valoradas por la comunidad y todos aquellos interesados en conocer más de Cipolletti.



Dirección de Turismo
SECRETARÍA
DE GOBIERNO

